

IGLESIA**COLGARON LOS HABITOS**

Existe un problema interno en la Iglesia Católica tan grave y delicado que muy pocos se atreven a abordarlo públicamente, atemorizados por el fantasma del escándalo. Me refiero a los ex sacerdotes, ex religiosos y ex monjas; a la gente que «colgó los hábitos», según la expresión popular de «los infames», según el código de derecho canónico, hasta hace poco. El talante con que la jerarquía en general escurre el bulto y evita enfrentarse con este asunto es tan injustificable, responde a unos prejuicios tan acristianos, que me parece un buen servicio colaborar a que la Iglesia recupere la memoria.

De entrada, resulta imposible calcular con exactitud las dimensiones de este problema social, porque Roma, eterna enemiga de alrear «estadísticas catastróficas», omite deliberadamente el registro de muchas «salidas» por razones burocráticas, con lo que aparecen por inercia en el capítulo de fallecidos de las diócesis gran parte de los sacerdotes que optaron por la secularización. Aumento de mortalidad clerical. Este encasillamiento de los «ex» no es tan injusto como pueda parecer a primera vista, porque son muertos bien muertos para la Iglesia, que no vuelve a preocuparse más de ellos ni por supuesto a contar con ellos, desde que se marchan, ni con ellos.

Ensayemos unas cifras. En España, el número de sacerdotes no debe bajar de los 3.000, y habría que multiplicar esta cifra por tres al referirla a los religiosos, en los últimos diez años. En Italia es algo más alta —4.500 sacerdotes y 12.000 monjas—, y en Estados Unidos el éxodo corresponde a uno por cada cinco sacerdotes y 35.000 monjas. Un volumen respetable, si además no ha tocado fondo ni se compensa con aumento de vocaciones, que descienden vertiginosamente. Sin embargo, Roma se niega a abordar el tema ni en sus causas —¿por qué este éxodo?— ni en sus efectos, que tapa y disimula como puede, manipulando la información. He aquí un dato: al publicarse el Anuario Pontificio 1977, la Oficina de Prensa vaticana divulgó una nota sobre el «extraordinario aumento del número de sacerdotes secularizados que solicitaban del Papa licencia para volver a ejercer el ministerio». Naturalmente, no se daban cifras. Pero, además, la información era parcialmente falsa, porque se refería a sacerdotes casados ya y dispuestos a servir a la Iglesia como sacerdotes, sin renunciar, por supuesto, a sus familias. Esta experiencia —práctica normal en el resto de las Iglesias cristianas: los papas y los pastores protestantes se casan— le produce escalofríos a Pablo VI con sólo mencionarla; le asusta poner en práctica algo que era común en los tiempos apostólicos. Embarcado en una defensa cerrada y obsesiva del celibato obligatorio, el Papa Montini arrancará de concilios o sínodos cualquier proyecto de discusión sobre el tema, como ha venido haciendo desde el Vaticano II y a lo largo de los tres sínodos episcopales celebrados en Roma (1).

Evidentemente, la Iglesia no afronta con realismo el problema, y una revalorización oficial está aún muy lejos. Casos como el obispo de Málaga, que dirigió una sencilla y evangélica carta a estas gentes, son la excepción. A nivel personal, las relaciones de los secularizados con los obispos son buenas, pero no hay espacio eclesial para ellos y se les fuerza a vivir en una «tierra de nadie»: su formación les capacita para prestar valiosos servicios a la comunidad cristiana, pero la jerarquía les margina de la vida pastoral o, incluso, de la burocracia eclesiástica. (La mayoría de los sacerdotes secularizados no desea regresar a actividades pastorales, extremo que la Iglesia no se ha molestado siquiera en comprobar.)

La formación de los secularizados carece, evidentemente, de matices laicos, y menos aún de cualquier tipo de profesionalismo: no se les enseñó en el seminario a ganarse un duro fuera del latín y los Sacramentos. Es, pues, fácilmente imaginable el trauma de estas gentes que caen repentinamente en la calle, ingenuamente dispuesta a aprender un oficio, y se encuentran incapacitados para tareas primarias. Hasta un problema nimio en apariencia, la adquisición de documentos oficiales que acrediten su condición laica, se convierte en odisea humillante unas veces e imposible otras, como es el caso de la cartilla militar: todos los «ex» continúan siendo capellanes militares en los archivos castrenses.

En nombre de la justicia —antes que de la caridad— debería ser abordado el tema de los «ex», pero los obispos temen más los palmetazos de Pablo VI. El descenso de las vocaciones es brutal, pero la jerarquía prefiere recurrir a los «diáconos permanentes» —casados— para aliviarlo. Nadie se atreve a preguntar —ni mucho menos proponer— a Roma si podría utilizar gentes que recibieron formación más completa, en lugar de estos «sacristanes honorarios» que son los diáconos permanentes. Disminuye el número de vocaciones y de sacerdotes, pero se insiste en utilizar sacerdotes para trabajos no pastorales, y los huecos se cubrirán con diáconos o subdiáconos como sea, con tal de dar la impresión de que «la vida sigue». Llegará muy pronto el día en que no se podrá celebrar la Eucaristía en todas las comunidades», anunció el cardenal Doepfner el año pasado, dirigiéndose a sus colegas del episcopado alemán.

Tal vez ocurra que todo esto es providencial. La nueva situación puede obligar a que la Iglesia, nuevamente, redefina su misión, sus ministerios y sus tareas pastorales, sin contar ya con el clero como costumbre. Bajo esta perspectiva, la secularización no es un éxodo, sino una profecía.

Antonio CASTRO ZAFRA

(1) El padre Arrupe, superior general de los jesuitas, utilizó abundantemente esa estrategia vaticana durante su última visita a España, al citar como ejemplo estimulante el creciente número de vocaciones que recibe la Compañía en Estados Unidos, sin citar cifras. Efectivamente, cinco de los siete centros de formación teológica de los jesuitas en Estados Unidos han tenido que ser cerrados por falta de vocaciones.